

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías, 23, 1-6): *Yo mismo reuniré a mis ovejas.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios, 2, 13-18): *Ahora estáis en Cristo Jesús.*

Evangelio (Marcos 6, 30-34): *Venid a un sitio tranquilo a descansar.*

Jesús de Nazaret suscitaba una fascinación y, al mismo tiempo, un respeto más allá de las formas habituales, porque lindaban y se internaban en el misterio de su persona. Tales emociones impulsaban a muchos a ir detrás de él. A otros –como algunos fariseos, algunos saduceos, o algunos zelotes– esas mismas sensaciones suscitaban sin embargo el miedo, el escándalo o el recelo. Pero aquellos que le seguían también adoptaban diversas actitudes, como las que indirectamente nos narra hoy el evangelista.

Pululando alrededor de Jesús, sin tener muy claro por qué, pero con la sensación de que había verdad tras sus palabras. Cansados tal vez de ser defraudados con promesas vanas, por programas e ideales vacíos, en el bombardeo de las apariencias del márketing diario. Impactados por el descubrimiento de lo que Jesús hacía, ansiando que se les pegara algo del bien que emanaba de su rostro. Conociendo tal vez demasiado a fondo, por delante de otros, el dolor y la maldad: de cerca, en sus casas o en sus barrios, o desde más lejos, en las noticias de guerras y pobreza sin sentido.

Los que volvieron a reunirse con Jesús para contarle todas sus andanzas, tenían muchas ganas de estar con él, porque lo conocían y sabían que todos sus esfuerzos por alcanzar otro mundo posible –y a pesar de las historias de fracasos que también querían relatarle– tenían en Jesús su meta, su razón de ser. Desalentados quizás por no ver frutos, o ni siquiera yemas en las ramas de este mundo: inviernos muy largos, años y años sin primaveras. Pero albergando también la esperanza tranquila que renace a cada encuentro con Jesús, donde se halla el reposo del corazón.

Dispensos, vagabundos, errantes, sin horizontes, o con metas cambiantes, cortas miras, ambiciones pasajeras, e impacientes escalas en mil aeropuertos, andaban desorientados. Intuyendo que esa vida no es, de las posibles, la más plena, y que escuchar a aquel Jesús de Nazaret quizás merece la pena. Como relata el evangelio, al desembarcar, Jesús sintió lo que sentían los que andaban dando tumbos, pero también conocía por dentro las frustraciones, las penas y las fatigas de unos y de otros, haciéndose por ello el pastor de todos. Jesús es pastor porque cuida de los que necesitan ser cuidados: de todos nosotros, cuando nos dejamos cuidar, cuando además de ir detrás de Jesús nos sentamos con calma junto a Él, para escuchar su Palabra.

El lamento divino por el maltrato a su pueblo lo lleva a anunciar (por medio del profeta) que él será quien vuelva a reunir a su rebaño, él será quien velará para que no les falte su pasto a las ovejas, él será quien les proporcionará pastores que de veras las apacienten para que puedan vivir en paz y no se pierda ni una sola de ellas. Jesús tendrá que reconocer que, siglos después de la época del profeta Jeremías, las cosas no han cambiado demasiado: las multitudes seguían como “*ovejas sin pastor*”.

En el pasaje del evangelio de Marcos de este domingo, los Doce regresan de un primer ensayo apostólico. Todos sentimos ganas de compartir las aventuras que un viaje trae consigo, los nuevos lugares, la gente, la comida, el clima, la manera en que fuimos acogidos y escuchados. Me imagino que los discípulos tenían ganas de hablar y comentar las incidencias de su misión. Más cuando ese viaje había sido hecho a invitación y mandato del mismo Jesús y ahora volvían a él para rendir cuentas de todo lo hecho y pedirle su consejo.

Jesús los ve llegar contentos pero cansados, ansiosos de compartir sus noticias y necesitados de un rato de cercanía con el Maestro: *«Venid conmigo a un lugar solitario, para descansar un poco»*. Había que velar por la formación de esos pastores noveles que unirían sus empeños a los del mismo Jesús. Si bien el fracaso puede ser sumamente desalentador, el éxito también tiene sus costos. La evangelización es fuente de gozo, pero eso no significa que no traiga consigo desgaste y cansancio. Jesús lo sabe, lo ha experimentado y quiere que sus discípulos tengan la oportunidad de recrearse antes de continuar en su proceso de preparación, pues ellos tendrían que ser también pastores según el corazón de Dios.

Es muy triste constatar que, de entre aquellas personas que tienen una función directiva en una comunidad: los reyes, los políticos, los jefes y directivos de empresa, los presidentes de organizaciones, los sacerdotes y otros cargos semejantes (los que son llamados dirigentes, guías o pastores), más que preocuparse por los demás, miran siempre sus propios intereses. Ha pasado el tiempo y parece que todo sigue igual, que nada ha cambiado. Los términos “*pastor*”, “*rebaño*” y “*ovejas*” nos pueden parecer anticuados o fuera de lugar, pero ciertamente hay un servicio de autoridad que tiene que ejercerse siempre desde la compasión y la solidaridad, para buscar reunir a los dispersos y crear un solo cuerpo, un solo pueblo un solo hombre nuevo. *«Venid conmigo»*. Vamos a él y vamos con él, porque es de él de quien podemos aprender.